

## Reseñas

---



**50 años de escultura pública en el País Vasco /** Celia Rodríguez Pelaz [et al.] ; Kosme de Barañano (director). — Bilbao : Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Servicio Editorial, 2000. — 267 p. : il. ; 24 cm. (Arte — Documentos ; 1). — ISBN: 84-8373-252-1

La Universidad del País Vasco acaba de editar, dentro de la nueva colección *Arte-Documentos*, el libro *50 años de escultura pública en el País Vasco*. La oportunidad de este libro es patente teniendo en cuenta que en estos momentos se está revalorizando el arte escultórico público. Los nuevos proyectos presentados en Vitoria-Gasteiz y en Bilbao son la mejor prueba de ello. Además, el año pasado vio la luz el trabajo de Carlos Reyero *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*, editado por Cátedra, que por el periodo que abarca es un magnífico complemento al libro que aquí tratamos. Efectivamente, el libro de Celia Rodríguez ha tomado un periodo más cercano a nuestros días, los años que van de 1945 a 1997, es decir, dos épocas tan antagónicas como claves para entender el proceso artístico de la segunda mitad del siglo XX, la dictadura y el periodo democrático.

El libro se estructura en dos partes bien diferenciadas. Por un lado aporta un catálogo con las 652 esculturas existentes en la Comunidad Autónoma Vasca. Este catálogo va acompañado de una ficha que recoge al autor, título, material, dimensiones, fecha de ejecución, municipio, ubicación, fecha de colocación, promotor, arquitecto, descripción, tipo de contrato y documentación y bibliografía sobre la obra. Se incluyen, además, en la mayoría una foto de la escultura. La catalogación es sin duda la parte más interesante del trabajo. Lo es por la propia recogida de este material, la mayoría no inventariado ni por los propios municipios en los que se encuentran las esculturas, y por la desidia que las instituciones han mantenido con este tipo de obras. Los autores lo señalan en la introducción. De doscientas cincuenta cartas enviadas a los municipios solicitando información sobre su patrimonio escultórico sólo cinco respondieron.

Por otro lado, al final del catálogo se han incluido índices de las obras por provincias, municipios, artistas por población, de artistas y número de obras y, finalmente, de promotores. Estos índices facilita la búsqueda de las obras, pero igualmente pone de relieve algunos datos comparativos de indudable valor.

La otra parte del trabajo es el estudio de las esculturas. En el apartado de *Arte y entorno urbano* se hace un estudio del concepto de arte público y

arte en espacios públicos; la relación entre política y arte, o lo que es lo mismo la orientación de las esculturas durante el periodo franquista y durante el periodo democrático, y la irrupción de nuevas instituciones después de la muerte del dictador. Se analiza igualmente la relación entre la escultura y el espacio en el que se encuentran, si la obra se concibe para un emplazamiento concreto, indiferente o incluso y se crea el emplazamiento en función de la escultura. También mencionan la desaparición de obras, por motivos políticos, dinámica urbanística, gamberrismo y otros motivos desconocidos.

En el siguiente apartado se recogen de forma comparativa la política que se ha seguido en los municipios y en cada uno de los tres Territorios Históricos. Así, se muestra que Vitoria es la ciudad que más esculturas tiene y Álava la que peor repartidas; que Gipuzkoa es la que presenta unos perfiles más equilibrados relacionando la capital, el resto de municipios y el número de obras; y finalmente que en Bizkaia se encuentra el mayor número de municipios con alguna escultura.

Otro de los apartados tratados es el de los promotores. Aquí se dibuja el panorama de las instituciones en el fomento de este tipo de arte. Las instituciones públicas aportan un 86% de las obras existentes, y los ayuntamientos con el 71 % son las instituciones que más han contribuido, mientras que el Gobierno Vasco, que sólo participa en un número de años reducido de entre los 50 estudiados, sólo está representado por un 5 %; el Gobierno Central, no existe.

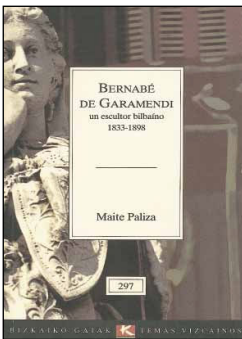
En el apartado de Modalidades de promoción, se pone de relieve los mecanismos que las instituciones han utilizado para el fomento de la escultura pública. Así, van desgranando los certámenes, concursos, simposium, bienales, talleres, etc. que se han desarrollado en cada uno de los Territorios Históricos, y la aplicación de la Norma 1 %, parte reservada de las obras públicas para la conservación, fomento, puesta en valor y difusión de los bienes protegidos, que en algunas ocasiones han sido encauzadas hacia el arte escultórico público.

El último de los apartados analizados es el de los artistas. En este capítulo los autores ponen de relieve algunos de los datos más llamativos. Se recogen los 258 artistas que tienen obra escultórica (más 9 grupos o colectivos). Se señala que sólo cuatro artistas tienen obras en los tres territorios (Basterretxea, Ibarrola, Chillida y Ascasibar), y algunos sólo la tiene en su territorio. Ligado a este último dato, es significativo que la mayoría de los artistas sólo tengan una obra, y lo normal es que sea en su municipio, lo que da a entender que los municipios han tenido siempre una inclinación a promocionar a los de "casa". En este sentido es llamativa la política del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, donde no hay esculturas de algunos de los artistas más representados, como Xabier Laka, Tomás Ugartemendía, Mikel Lertxundi, Vicente Larrea o Ricardo Ugarte, ninguno de ellos alavés. Igualmente lo es que Ricardo Ugarte, el tercer artista que más obras tiene, tenga todas sus obras en Gipuzkoa, donde nació y reside. Otro dato de interés es la escasa participación de artistas extranjeros, a excepción de Henry

Moore, todos están presentes por concursos o hermanamiento entre ayuntamientos.

Este libro es sin duda un excelente medio para acercarnos al arte escultórico, al proceso artístico de los últimos cincuenta años, a la relación política-arte, a los escultores vascos y a las tendencias escultóricas. Sólo queda esperar que las obras escultóricas sigan creciendo y que nuevos trabajos de este tipo nos las den a conocer.

Agustín Gómez Gómez



**PALIZA MONDUATE, Maite**

***Bernabé de Garamendi. Un escultor bilbaíno, 1833-1898.*** — Bilbao: Bilbao Bizkaia Kutxa. Bilbao, 1999. — 138 p. : il. — (Colección Temas Vizcaínos-Bizkaiko Gaiak ; 297). — ISBN: 84-8056-185-8.

Hoy por hoy, son ciertamente escasas las monografías que afrontan el estudio de algún escultor decimonónico, incluido el caso de los artistas más destacados de ese momento, al igual que tampoco abundan los estudios generales sobre la escultura del siglo XIX en las distintas comunidades españolas, aunque en los últimos tiempos el número de títulos dedicados a estas cuestiones ha aumentado. El caso del País Vasco no es una excepción. Hay magníficas publicaciones sobre algunos escultores del siglo XX (Moisés de Huerta, Chillida...), algunas colecciones como La Gran Enciclopedia Vasca dedicaron artículos concretos a otros artistas de la misma centuria (Quintín de Torre, Francisco Durrio, Ricardo Iñurria, Joaquín Lucarini, etc.), pero las noticias de los escultores decimonónicos vascos son ciertamente escasas, ya que apenas tenemos más que lo recogido por Ossorio y Bernard en su *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, que en buena medida ha servido para documentar el contenido de ciertas enciclopedias generales o de algunos diccionarios artísticos del País Vasco.

Ante este estado de cosas, la publicación de una monografía sobre el escultor bilbaíno Bernabé de Garamendi (1833-1898) reviste interés, toda vez que es el primer trabajo que ha abordado el estudio de la que a todas luces sobresale como una de las figuras más destacadas de la escultura vasca del siglo XIX. Si bien el artista quizá no esté a la misma altura de los grandes creadores decimonónicos, sí está muy por cima de lo usual entre

los profesionales radicados en provincias, al tiempo que las características de su producción, el tipo de clientela que tuvo, algunas intervenciones concretas, etc. están íntimamente relacionados con el proceso de enriquecimiento experimentado por Bilbao durante la segunda mitad del siglo XIX, del que sin duda Garamendi se benefició y que en el caso concreto de su importante aportación al campo de la escultura monumental vino de la mano del gran desarrollo, que tuvo el eclecticismo en la villa del Nervión en las últimas décadas de aquella centuria.

El libro ofrece en primicia un gran número de datos biográficos perfectamente documentados, a través de los cuales queda patente la religiosidad y la filantropía de Garamendi, su devoción por la Virgen de Begoña y su santuario, su afición por el coleccionismo de pintura, su participación en distintas exposiciones nacionales y provinciales, las relaciones con otros escultores bilbaínos –algunos de los cuales fueron discípulos suyos–, su pertenencia a una familia muy vinculada al mundo de las artes, su holgada situación económica, sus honorarios, su concurrencia a concursos públicos, su preocupación por la infancia y por la instrucción, en general, así como otra serie de noticias que completan su trayectoria vital.

Gracias al trabajo de la Dra. Paliza, Garamendi se nos revela como un artista muy representativo de la segunda mitad del siglo XIX tanto por el eclecticismo de su estilo, en el que conviven recetas goticistas, neorrenacentistas y neobarrocas, como por los géneros que abarcó su producción, donde destacan sus aportaciones al ámbito de la escultura religiosa, funeraria y monumental, aunque también estuvieron presentes entre otros el monumento conmemorativo, el retrato y la restauración monumental.

Destacó de forma especial en lo funerario, faceta en la que sobresale el magnífico Mausoleo de Urribarren y Aguirrebengoa de la Iglesia de San José de la Compañía de Jesús de Lekeitio (1882-1886), al que la autora dedica más de treinta páginas, en el que Garamendi materializó un programa en torno a la idea de la caridad y en el que consiguió plasmar uno de sus conjuntos más logrados, que evidencian su virtuosismo técnico especialmente en lo referente a las efigies yacentes de los titulares y a la figura del ángel, que ocupa el testero del monumento. Sin duda se trata de la escultura funeraria más importante del siglo XIX en el País Vasco y aún es una pieza destacada en el ámbito nacional, en la que conviven detalles románticos, realistas y aún algunas huellas del neoclasicismo de Canova. El peso del escultor en este campo quedaría ratificado por la realización de panteones fuera de Bizkaia como son los casos de las sepulturas del Barón de Adzaneta en Ramales de la Victoria (Cantabria) y el General Lersundi en Deba (Guipúzcoa).

La participación de Bernabé de Garamendi en la realización de las esculturas que decoran la fachada del Ayuntamiento de Bilbao era ya conocida, pero todas las publicaciones existentes hasta este momento se habían limitado a citar su intervención sin que ninguna de ellas incluyera un análisis realizado desde el punto de vista artístico, de modo que el libro que nos

ocupa por primera vez nos ofrece un estudio tanto estilístico como iconográfico de las figuras de la Ley y la Justicia, así como interesantes incidentes del concurso, que tuvieron consecuencias en el resultado final de las obras, o la relación de dependencia existente entre el magnífico retrato del Cardenal Gardoqui (Museo de Bellas Artes de Bilbao), encargado a José de Madrazo por el Ayuntamiento de Bilbao en 1816, y el busto del mismo personaje, que decora uno de los óculos del ático del edificio.

Mucho menos conocida era la intervención de Garamendi en el apostolado, que decoraba los pilares de la Iglesia de Begoña, removido de su emplazamiento original hace años, al amparo de la estética emanada del Concilio Vaticano II. Corresponde a un programa de lejana ascendencia gótica que también estuvo presente en la decoración de otros templos por la misma época, como es el caso de San Francisco el Grande de Madrid. Algunos de los discípulos tallados por Garamendi son de calidad (San Pedro, San Pablo, San Mateo...), aunque otros corresponden a logros más modestos. Nos consta que en fecha muy reciente una de estas estatuas, concretamente San Mateo, ha sido restaurada y ha pasado a formar parte del Museo de Arte Sacro de Bilbao, siendo tal vez ésta una de las consecuencias del libro, ya que tras su publicación otras obras en él recogidas van a ser restauradas de forma inmediata, lo cual es de agradecer por parte de los organismos responsables, ya que lamentablemente esta celeridad no es habitual. Otros templos bilbaínos como las conocidas iglesias de San Nicolás de Bari o San Vicente Mártir de Abando cuentan con tallas salidas del estudio de Garamendi, cuestión hasta ahora desconocida.

Dada la escasez de noticias que tenemos sobre la escultura vasca del siglo XIX, hay que destacar que el libro ofrece datos inéditos sobre otros escultores establecidos por entonces en Bilbao como Marcos Ordozgoiti, Serafín de Basterra, Vicente Larrea, Adolfo Areizaga, Luis de Iraurgi, Tomás Fiat, Alfredo Lucarini, etc., y otros del siglo XX como Higinio de Basterra, asimismo incluye noticias hasta ahora desconocidas sobre los arquitectos Casto de Zavala, Antonio Goicoechea, Atanasio Anduiza, Luis de Arauco, Diego de Basterra y José María de Basterra o el maestro de obras Angel Iturralde. Hay también otras referencias a destacadas personalidades vizcaínas de la época como el benefactor Pascual Abaroa, el poeta Antonio Trueba o los pintores Anselmo de Guinea, Juan de Barroeta y Antonio María de Lecuona, etc.

En suma son muchos los motivos por los que hay que agradecer esta reciente publicación a cargo de la Dra. Paliza, realizada con rigor tanto por la consulta de archivos como por las referencias bibliográficas, el trabajo de campo y el estudio minucioso de las obras recogidas. Simultáneamente, hay que mostrar reconocimiento, porque una colección tan veterana como Temas Vizcaínos de la BBK, que ya va por su vigésimoquinto año de andadura, haya tenido a bien editar esta monografía, cuando se acaba de cumplir el primer centenario del fallecimiento de Bernabé de Garamendi.

José Ramón Nieto González